

Lo que me atrevo a profetizar, es que, andando el tiempo, tendrá una estatua Mistress Pankhurst. Otras peores se están alzando en varios sitios. No hay que citar nombres, no hay que señalar con el dedo. Los nombres se saben; mejor dicho, se ignoran; en esto está, justamente, el toque. Cuando, en plazas públicas y paseos, veáis erguirse un bulto de mármol o bronce; y una persona de alguna cultura os pregunte ¿quién fué este señor?; y al nombrar vosotros, si tanto podéis, al *estatuado*, su nombre no baste y se os pidan mayores explicaciones, decid que esa estatua no se debió erigir. Los antiguos afirmaban que no convenía dedicar columnas y monumentos a los mediocres. Hoy se elevan no ya a los mediocres, sino a los nulos.

Se prepara en Madrid, en la Princesa, un estreno de Pablo Hervieu. Antes que en París, conoceremos la nueva producción del afamado autor. El interés y la expectación son tan grandes, que ya no quedan localidades, y faltan, cuando esto escribo, para el estreno, ocho días.

Verdad que se habla de una presentación escénica sorprendente — aun en ese escenario, que nos tiene habituados a muy fastuosas sorpresas —, y el aliciente de un estreno de autor francés que concede a Madrid la primacía, con traducción de Benavente, explica este afán de los curiosos espectadores.

Hay en todo estreno, sin duda, algo de emoción de juego de lotería. No es nunca seguro que agrade al público la obra, ni siendo exactamente análoga a otras que le han encantado, un mes o un año antes. Esto del teatro es siempre eventual. Depende de mil complicadas circunstancias, de elementos que no se sospechan. Y hasta ha sucedido frecuentemente que el público repruebe la primera noche una obra, y la segunda la aclame, transportado de entusiasmo fervido.

Por eso los autores que sufren lo que se llama «temblor de estreno», harán bien en armarse de indiferencia, y esperar como se espera el sorteo, en que el azar puede regalarnos un millón, o burlar nuestras esperanzas no dándonos ni un confite de 30 pesetas. Y para mantener el espíritu en equilibrio, pensemos de antemano que el primer caso es muy insólito, y el segundo muy usual.

El que haga de un estreno teatral cuestión de amor propio, ¡cuánto sufrirá al recibir un desengaño! Y este desengaño lo recibieron antes que él Zorrilla, Campoamor, Benavente, cuyas primeras comedias no gustaron; Tamayo, que vió caer al foso su *Virgini*; García Gutiérrez, y Egualaz, y Ayala, que más de una vez fueron rechazados por el público; Echegaray, Sellés... La lista pudiera llenarse de nombres y de títulos de obras, y sería curioso seguir estas alternativas del gusto, estas caprichosas variaciones de la manera de apreciar del público.

Y ¿qué es el público? ¿Cómo acotar, cómo concretar esta palabra?

Hay tantos públicos, no ya como teatros, sino como horas y noches. El público de las secciones vermut no es el que se reunía, por ejemplo, en la cuarta de Apolo. Hay un público que saborea la sicalipsis como se saborea un caramelo, y otro público que se deleita con la ñoñería. Hay un público que por todo se escandaliza, y hay un público que reclama escándalo. Hay un público que se electriza cuando agitan una bandera española, y hay otro que jalea los latiguillos revolucionarios y sociales. Hay público anticlerical, público afrancesado, público cándido, público castizo, público sentimental, público flamenco... El diablo que sepa cuántas especies de público existen en Madrid, con ser Madrid, realmente, lo que se llama una gran capital.

De suerte que, para un autor, se trata de acertar, por carambola, con el público en que encajará su obra cómica o dramática. Y si no acierta, si no encuentra ese auditorio amigo y cómplice..., que encomiende a Dios su alma...

El tiempo ha ayudado generosamente a la solemnidad de la ceremonia de la Jura de la Bandera. Ha sido un tiempo benigno, sin ese sol devorador que congestiona a los pobres soldados durante las largas formaciones. Y aunque el sol apareciese cubierto, velado por plateadas nubes, el aspecto del día no era triste ni amurriado, ni presagiaba lluvia. No hacía calor y tampoco frío. Temperatura ideal.

El miedo a la tragedia, que el año pasado encogió los corazones, tampoco este año existió. Sabiase que, probado hasta el último límite el valor personal del Rey, como una cosa es el valor y la temeridad es otra, se iba a adoptar la más natural de las precauciones: sencillamente que el Rey fuese rodeado de su Estado Mayor, y no delante solo y descubierto, cual pudieran solicitarlo los que, en loco arrebató,

intentasen algo contra él. Nunca los reyes batalladores de la Edad Media entraron solos en el combate, sino que les acompañaron y estuvieron al lado de ellos sus adictos, lo cual no impidió que realizasen por cuenta propia grandes proezas. En las batallas de hoy, civiles y donde el enemigo no da el pecho, sino que acecha emboscado, hay que prevenirse también con doble motivo. Y hemos agradecido que una medida lógica y prudente nos evitase los temores y contingencias que en 1913 alteraron la alegría de la Jura.

El acto de la Jura es alegre, porque hay en él afirmación de fuerza y de cohesión patriótica, algo que, ante nosotros mismos, nos realza y nos une, en la comunidad de nuestros intereses y de nuestros afectos profundos. Esta fiesta es sana y fortificante, y hay que tomarla en serio, como se toma en serio lo que toca a la conservación y la vitalidad de todos. Lo que representa la fiesta de la Jura, puede, no diré crearse, pero suscitarse y confirmarse por medio de la voluntad; y así debe hacerse, porque así conviene, y porque así se hace en las naciones que se aman a sí mismas. Los grandes sentimientos colectivos no surgen de pronto ni por arte de encantamiento; van formándose un día tras otro, por obra de esa voluntad, no siempre consciente y deliberada, pero que, en los hombres organizadores, en los altos políticos, debe serlo, y lo ha sido, como se ve en la historia. Alemania es un ejemplo de creación de espíritu patriótico, y no ha necesitado largos siglos para formarlo.

Todo lo que a tal efecto contribuya es merecedor de aplauso, y será bueno cultivarlo, como se cultiva el trigo que ha de dar el pan.

Ha fallecido la insigne actriz María Tubau. Para el arte había muerto desde que su padecimiento del corazón la obligó a retirarse de la escena.

Caso curioso: esta mujer, de excelente reputación en su vida privada, y hasta pacata y severa en las costumbres que establecía en las compañías de las cuales su marido era empresario, tuvo el repertorio más *risqué*, del género de alta comedia, naturalmente, y fué intérprete de picarescas creaciones francesas, como: *Divorciémonos*, *Mamá Colibri*, y otras, que no son precisamente para el público de sábados blancos.

Y, en este género tildado de inmoralidad, supo desplegar la Tubau una picardihuela y una coquetería deliciosas, siempre distinguidas, sin encanallar nunca el papel, pero sin quitarle tampoco su significación, su pimienta — que sería estropearlo.

La belleza y elegancia corporal de María Tubau contribuían a que triunfase en estos papeles, escritos para la mujer parisiense, y en los cuales a veces logró eclipsar a sus rivales transpirenaicas. He visto en Francia *La Corte de Napoleón*, y nunca tan gentilmente interpretada como por María Tubau. Era una creación la figura de la desenfadada madama *Sans Gêne*, encarnada por una actriz que, sin embargo, no tenía tipo de antigua lavandera; que era, de suyo, adámica y señorial.

Una particularidad de María Tubau fué la magnificencia de su pelo. No existió cabellera más espléndida. En una obra de Alejandro Dumas hijo, en que tenía que soltarse el pelo en escena, resonaba siempre en el teatro un murmurio de admiración, al caer por las espaldas de la actriz aquella cascada de oro obscuro, larga, abundante, naturalmente rizada en ondas. Y este pelo copioso y juvenil lo conservó hasta sus últimos años, por lo menos hasta que dejó de verla, que fué hace poco.

Con tanta maestría como los papeles de dama, representó algunos de característica y otros, cómicos; por ejemplo, el de la viuda de Napoleón, en el divertidísimo sainete *El tercer aniversario*. La nota cómica en María Tubau no era recargada ni amanerada; hubiese sido, puesta a ello, una de nuestras grandes actrices del género festivo, tal vez la más natural y, de fijo, la menos vulgar.

Pero la enfermedad no permitió que María Tubau aprovecharse los años que sin duda le quedaban aún de juventud artística, la cual dura tanto como la salud. En España, donde todo se precipita, hay siempre mucha prisa para dar el canuto a las grandes comediantas.

No hacen así en Francia, donde conservan a Sara Bernhardt en salmuera o no sé cómo, y la ven gustosos encarnar la figura del *Aiglón*, que es un muchacho de dieciocho o veinte años, teniendo la intérprete setenta y no sé qué pico alto. ¿Qué importa, si la ilusión escénica existe? María Tubau se malogró, por sus achaques. Lástima grande, porque su carrera estaba lejos de haberse cumplido.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los periódicos comentan con frases muy duras, de indignada reprobación, el atentado de la sufragista inglesa que laceró una joya artística, la *Venus del espejo*, de D. Diego Velázquez, orgullo del Museo Nacional.

Y yo, que no soy sospechosa, toda vez que profeso la opinión de que la mujer debe ser electora, y hasta ser elegible, sumo mi censura a las censuras generales contra este modo de pedir una justísima reforma.

Queda sumada; pero tengo que añadir que reclamo la misma reprobación para todo acto análogo que cometa el hombre, dejándose llevar de la pasión política. Y entendámonos: el hombre no puede hacer nada análogo, si bien se mira; porque el hombre no está privado de ningún derecho, y la mujer, de casi todos. Es, pues, más disculpable la mujer.

En Barcelona, durante la semana trágica, las turbas quemaron monumentos artísticos, retablos de pintores primitivos, cosas de arte. Y no he leído diatribas semejantes a las que hoy se prodigan a las sufragistas..., porque son mujeres.

Contra esto me inscribo, contra esto tengo prevenida la severidad mayor de mi conciencia.

¿No se considera a la mujer como un niño? ¿No es una menor? ¿En qué quedamos? A los niños la ley los excusa, pero a la mujer, tenida en minoría por el hombre, la ley la condena, y la opinión la juzga de un modo más implacable, en sus extravíos y en sus errores.

Siempre ha sido la mujer víctima de la cómoda ley del embudo. Lo sigue siendo, en este caso especial de las sufragistas. Palabras de caramelo se usan para calificar los atentados del anarquismo, y palabras de hiel y vinagre para los de las huestes de Mistress Pankhurst. Y vuelvo a hacer observar que las mujeres piden el a, b, c, de lo que tanto tiempo hacen conseguir los hombres: el derecho de elegir a los que han de dictar las leyes que han de regirnos y los tributos que hemos de satisfacer. Y tienen razón en pedirlo, aunque empleen medios algún tanto estrafalarios y a veces criminales.

Se puede tener razón y pedir mal. Pero ellas habrán visto que así piden los hombres, a todo momento, lo que desean, necesitan o creen necesitar. Habrán visto que la fuerza es la razón suprema, y que la escala de la violencia va desde el simple empujón hasta el atentado contra la vida. Y si esto le es lícito al varón o, por lo menos, aunque no le sea lícito, si nadie lo condena enérgicamente, ¿por qué la hembra no echará mano de iguales medios de propaganda?

Acabamos de presenciar unas elecciones, ahora mismo. La opinión general es que han transcurrido con relativa tranquilidad, sin graves colisiones. Sin embargo, un guardia civil ha quedado con la cabeza separada del tronco, otro ha sufrido heridas gravísimas; y los estacazos, pedradas, puñetazos y mamporros son incontables. No se ha impreso una sola palabra contra estos atentados políticos. En uno de ellos, por señas, ha tomado parte activa una mujer: en el más sangriento. Si las mujeres han de andar a linternazos, ¿cuánto más lógico es que anden por su interés propio, por su propio sufragio, y no por el que los hombres usufructúan?

Todo esto no es más que pedir un poco, un ochavito de justicia. Yo me figuro que, allá en los tiempos de la dominación romana, si algún esclavo osase aspirar a ciudadano, dirían de él las mismas lindezas que hoy se dicen de la mujer, cuando se atreve a reclamar algún derecho de los muchos que se le han negado.